

PERSONAJES.

DON TEODORO.
DON CÓMODO.
DON FRUTOS.
DON VICENTE.
DOÑA DAMIANA.
DOÑA JUANITA.
MARTINA.
FRANCISCO.
RODRIGO.
SEBASTIAN.
UN ESCRIBANO.

La escena es en San Felipe de Jativa y en una sala de la casa de D. Vicente.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA Y MARTINA.

DOÑA DAMIANA.

Vamos Martina, despáchate por San Homobono bendito, pues son ya las once bien dadas y los amos no tardarán en llegar de su viajata.

MARTINA.

Ya pueden llegar cuando quieran; todo está listo.

DOÑA DAMIANA.

Tanto mejor. ¿Has puesto sobre la poltrona el gorro y la bata del señor?

MARTINA.

No que lo olvidaría; poquito le enfada la peluca.

DOÑA DAMIANA.

¿Y el canario tiene su correspondiente alpiste?

MARTINA.

Y el bebedero lleno de agua, y la jaula limpia y su hojita de lechuga para que pique y se entretenga.

DOÑA DAMIANA.

Has hecho lindamente; porque el tal pajarito son los únicos amores de la señorita, y.....

MARTINA.

Vaya que otro pajarito y otros amores fueron los que tuvo en Valencia, según dicen malas lenguas.

DOÑA DAMIANA.

Y tan malas como son; ya te he dicho mil veces y te lo repito ahora que lo que contaron entonces fué un falso testimonio levantado á Doña Juanita; y del que dará cuenta á Dios, indudablemente, el malvado que lo forjó.

MARTINA.

Pues mire usted, doña Damiana, muchos son los que tienen que empezar á preparar sus cuentas porque en quince días consecutivos no se corre otra cosa por Valencia ni se habló en San Felipe de otra novedad.

D^{ra} DAMIANA.

¡Si lo querrán saber mejor que yo habiéndola visto nacer y criado y acompañado siempre!

MARTINA

¿Acaso fué vd. con ella á Valencia cuando la pusieron en el convento donde estuvo tres años y hubiera estado otros muchos, si su padre no oliera que la niña gustaba harto más de rezar en el locutorio que de cantar en el coro?

D^{ra} DAMIANA.

Ya, de esos tres años no puedo hablar, pero de todos los demas sí, y te aseguro que nunca conocí en ellos á doña Juanita inclinaciones mundanas; así, ya ves tú que en tan corto espacio no es dable que ...

MARTINA.

¡Corto espacio tres años! pues digo, ¿cuánto necesita vd. para enamorarse?

D^{ra} DAMIANA.

Según y conforme: allá en mis tiempos....

MARTINA.

En sus tiempos de usted como en los míos con tres minutos basta y sobra cuando el flechazo viene derecho, y como se suele decir de clavo pasado; además, si no fueron ciertas las susodichas voces, ¿por qué su padre fué á buscarla á Valencia? ¿Por qué se la trajo precipitadamente? ¿Por qué en se guida apresura su boda con ese don Frutos tan necio y tan feo, pero al mismo tiempo tan hidalgo tan rico y tan á propósito para yerno?

DOÑA DAMIANA.

Tú misma lo dices: para casarla con ese don

Frutos, que es un partido muy ventajoso y que no se puede desperdiciar.

MARTINA.

¡Sí, ventajoso; porque siembra niucha alfalfa, coge mucha algarroba, y...

DOÑA DAMIANA.

Cada cual siembra y coge todo aquello que puede y necesita. Lo seguro y muy seguro es que don Frutos, aunque nada joven ni discreto, pasa por uno de los novios más apetitosos de la comarca.

MARTINA.

Sealo en hora buena, pero me equivoco de medio á medio, ó mi señorita está muy desganada porque...

DOÑA DAMIANA.

¿De donde sacas tú semejante consecuencia? ¿Por ventura ha desplegado ella sus labios para nada desde que la quieren casar?

MARTINA.

Ese mismo silencio indica...

DOÑA DAMIANA.

Indica... indica que no tiene ganas de hablar.

MARTINA.

Y ¿cuándo le faltan las ganas á la que se casa á gusto? Precisamente, no hay una que en este caso no charle por diez viudas.

DOÑA DAMIANA.

¡Valiente desatinol si estuviera descontenta se lo diría á su padre y...

MARTINA.

Nada adelantaría, nada absolutamente, porque los padres no exigen de los yernos, lo que las hijas buscan y apetecen en los amantes... Luego ya sabe vd. lo testarudo que es el amo, qué genio tan pronto es el suyo y... Pero ¡ay doña Damiana! á propósito de prontitudes, ¿le habló usted en favor del pobre Francisco?

DOÑA DAMIANA.

Si, pero don Vicente se empeña en no recibirlo; dice que criado que salió una vez de su casa...

MARTINA.

No había de salir, si lo despidió, y casi casi lo arrojó por la escalera.

DOÑA DAMIANA.

Y ¿para qué fué á quebrar la jicara de China? Cabalmente tenía puestos en ella don Vicente sus cinco sentidos.

MARTINA.

La culpa la tiene quien pone sus cinco sentidos en cosa que esté sujeta á quiebras.

DOÑA DAMIANA.

¡Calla bachillera! tú le defiendes porque pensabas casarte con él.

MARTINA.

Ya se ve que pensaba y él también manifestaba intenciones hostiles; pero...

DOÑA DAMIANA.

¡Ola! ¿quien es el que se entra de rondón?

MARTINA.

Toma, quién ha de ser, Francisco que viene sin duda á saber el resultado de vuestro empeño. . . . A la verdad doña Damiana que ha quedado usted con gran lucimiento.

ESCENA II.

FRANCISCO *y dichos.*

FRANCISCO.

Buenos días, señora ama.

DOÑA DAMIANA.

¡Ay Francisquito, y qué malas son las noticias que tengo que dartel!

FRANCISCO.

¡Malas!

MARTINA.

¡Malisimas! el amo no quiere recibirte, y eso que nuestra excelente ama de gobierno interpuso su poderoso influjo; pero de nada ha servido.

D.^{ra} DAMIANA.

Lo interpuse, y tanto como lo interpuse, si señora; ¿habrá vd. visto burlona semejante?

FRANCISCO.

No se enfade usted Doña Damiana, y no haga usted caso de Martina: siempre anda con saetillas y. . . .

MARTINA.

Pues mira, no estoy en pecado mortal.

DOÑA DAMIANA.

Ayer mismo antes de salir para Valencia, donde ha ido con sus hijas para comprar algunas galas le dije tu solicitud, y la falta que nos hacías en casa, y lo buen muchacho que eras, y. . . . vamos le dije cuanto era del caso, y con efecto.

FRANCISCO.

¿Se hizo cargo de la razón?

D.^{ra} DAMIANA.

No por cierto, porque me contestó que no quería volviésemos á servirle por yo no sé cuantas razones, y por. . . . en fin hijo se enfadó de tal modo y dió tales voces que me convenció al instante y me redujo á el más profundo silencio; verdad es que soy muy delicada de nervios y huyo siempre de todo lo que huele á gritos.

FRANCISCO.

Muchas gracias doña Damiana por su eficacia de vd pero ya veo que me quedan pocas esperanzas.

MARTINA.

Ninguna; ¡cuando doña Damiana no ha podido hacer el milagro!. . . .

FRANCISCO.

Si la señorita quisiera empeñarse con su padre.

D.^{ra} DAMIANA.

También lo intentó, pero inútilmente: don Vicente jamás la deja hablar.

MARTINA.

Así nunca tiene razón.

FRANCISCO.

Y don Frutos no podía . . .

MARTINA.

Don Frutos. ¡Buen sujeto es Don Frutos para meterse en contestaciones con su futuro suegro ¡Váya hombre, parece que no conoces el carácter violento del uno, y la insensibilidad del otro.!

FRANCISCO.

Demasiado lo conozco; pero es tan duro renunciar de una vez á lo que se desea tanto y yo me hallaba tan bien aquí

DOÑA DAMIANA.

Ya me lo ha dicho Martina, pero cómo ha de ser yo no lo puedo remediar. Si D Vicente fuera uno de aquellos hombres que tienen amigos íntimos, y de quienes se puede echar mano en ocasiones críticas para obtener cierta clase de favores. entonces del mal el menos: se busca al amigo, se le adula, se le interesa, y se consigue por su mediación lo que no se alcanzó ni por los ruegos del pariente, ni por las lágrimas de la esposa; pero no hay qué cansarse, nunca tuvo el amo amigos de esta calaña.

FRANCISCO.

¿Nunca los tuvo? ¿Está usted segura?

DOÑA DAMIANA.

Veinticinco años nueve meses y siete días hace

que como su pan, y siempre le ví tratar con simples conocidos. Su mujer que de Dios haya, también se quejaba de lo mismo y con razón; ¡porque es tan triste esto de no tener amigos íntimos!

MARTINA.

¡Caramba sí lo es! Yo no podía vivir un cuarto de hora sin ellos.

FRANCISCO.

Por eso me lisonjeo de que me cuentas en el número de los tuyos.

MARTINA.

Y te lisonjeas muy bien, pues lo serás hasta que te cases conmigo.

FRANCISCO.

¿Y entonces?

MARTINA.

¡Oh! Entonces serás mi marido.

FRANCISCO.

Eso es otra cosa.

ESCENA III.

RODRIGO y dichos.

RODRIGO.

¿Sabe usted doña Damiana si el señor Don Vicente vuelve hoy de Valencia?

DOÑA DAMIANA.

Hoy mismo; ¿quería usted algo?

RODRIGO.

Deseaba saber si se resuelve por fin á vender me aquel pedazo de huerta que linda con la mía, y por la cual le ofrezco doce mil reales

DOÑA DAMIANA.

No sé nada; pero me parece que no se la vende á usted si no le cuenta duro sobre duro los diez y seis mil del pico.

RODRIGO.

De buena gana se los contaría si los tuviese; mas cómo los ha de tener un pobre hortelano, cargado de familia

DOÑA DAMIANA.

Vaya señor Rodrigo que quien da doce puede muy bien dar diez y seis.

RODRIGO.

¡Ay señoral! Si usted supiera cuántos sudores le cuesta á un pobre juntar cuatro mil reales.

DOÑA DAMIANA.

Ya me figuro yo poco más ó menos los lechuguinos que tendrá usted que plantar al cabo del año para que produzcan semejante cantidad, y si estuviera en mi mano, crea usted que no se volvería desconsolado á su casa; pero ya se ve . . . el amo no es de mi opinión, y como sale de la hija, necesita dinero y . . . por eso vende la huertecilla que usted quiere comprar.

RODRIGO.

Y ¡no podía usted indicarme alguna persona que se empeñase con su merced!

DOÑA DAMIANA.

Ni ninguna: cuando el amo dice una cosa

RODRIGO.

Pero algún amigo

DOÑA DAMIANA.

¡Jesús, señor Rodrigo! ¡amigo! pregúntele usted á Martina si le conoce alguno.

MARTINA.

Pregúnteselo usted á Francisco.

FRANCISCO.

No, no, que lo diga el ama de gobierno, que para eso hace veinticinco años nueve meses y siete días que está en casa.

RODRIGO.

Bueno es no tener este hombre ningún

ESCENA IV.

SEBASTIÁN y *dichos*.

SEBASTIÁN.

¡Doña Damiana, doña Damiana!

D.^{ta} DAMIANA.

¿Qué tienes? ¿por qué das voces?

SEBASTIÁN.

Corra usted . . . venga usted

D.^{ta} DAMIANA.

Pero necio, ¿dónde he de ir?

SEBASTIÁN.

Toma, á recibir á los recién llegados.

MARTINA.

¡Que han llegado ya los señores!

D.^{ca} DAMIANA.

Y yo me estaba brazo sobre brazo sin pensar en que.....maldita conversación, y qué de perjuicios traes á las mujeres que como yo tienen que atender á otras cosas. ¡Válgate Dios, válgate Dios qué dirá el amo cuando no me vea en la meseta de la escalera!

SEBASTIÁN.

Tiempo le queda á usted para apostarse en la consabida meseta y para..... lo que importa ahora es que no haga usted esperar á los caballeros que acaban de llegar, y que dejo en el portal entretenidas en pagar al calesero que las ha conducido.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Oiga con que no es el amo quien!.....

SEBASTIÁN.

No señora, pero hágase vd. cuenta que es lo mismo.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Cómo lo mismo!

SEBASTIÁN.

Ni más ni menos, uno de los dos que han llegado es un amigo íntimo del señor don Vicente.

MARTINA.

¡Un amigo íntimo!

D.^{ca} DAMIANA.

¿Qué estás diciendo hombre? si no puede ser.

SEBASTIÁN.

Sí señora, sí; no le quede á usted duda, porque el propio me lo ha dicho.

FRANCISCO.

Sí lo será Doña Damiana, y ¿por qué quiere usted que no lo sea?

RODRIGO.

Ya decía yo....

D.^{ca} DAMIANA.

Pues decía usted muy mal y dijera lo que dijera. Sé que D. Vicente....¿y dime, que señas tiene? ¿le has observado bien?

SEBASTIÁN.

¿Que si le he observado? vaya si le he observado, precisamente ese es mi fuerte. En cuanto veo á una persona, le miro desde los pies á la cabeza y....basta, ya no se me despinta aunque luego no le vuelva á ver en siete lunas.

MARTINA.

Pues bien, demuéstranos tu habilidad.

SEBASTIÁN.

Y como digo, así que se apeó de la calesa en que venía, me preguntó por su amigo, y añadió que no le importaba un pito estuviera fuera del

pueblo porque le esperaría aunque fuesen diez años y

D.^{ca} DAMIANA.

Pero hablador, si no te se pregunta eso; lo que se desea saber son las señas que tiene.

SEBASTIÁN.

¿Las señas, eh? pues mire vd. estaba un poco vuelto de espaldas y si he de decir verdad, no pude.... pero hay viene justamente quien se las dará á vd. mejor que yo.

D.^{ca} DAMIANA.

¿Y quién es?

SEBASTIÁN.

Quien sin duda se ha cansado de esperar á que le salgan á recibir, y se da ya por recibido.

ESCENA V.

DON COMODO, DON TEODORO y dichos.

DON CÓMODO.

Vaya, vaya, y qué modo tan raro de agasajar un amigo íntimo del amo de la casa. Tenerle dos horas esperando en un portal húmedo y desempedrado, descuidar su equipaje, despreciar su persona....

D.^{ca} DAMIANA.

Pero caballero; si nosotros no teníamos el honor de....

D. CÓMODO.

Si señora, lo dicho dicho; soy el mejor amigo de don Vicente, el amigo de su infancia, el único que tiene y que tendrá probablemente, aun cuando viva más años que jácaras se escriben en Valencia.

D.^{ca} DAMIANA.

Repito que como ni conocíamos ni esperábamos á usted....

D. CÓMODO.

Pues debían ustedes conocerme y esperarme.

D.^{ca} DAMIANA.

Si es esta la primera vez que en toda nuestra vida hemos visto á usted, ¿cómo podíamos?....

DON CÓMODO.

No importa; Vicente habrá hablado de mí á todas horas y....

D.^{ca} DAMIANA.

Nunca, señor, nunca.

D. CÓMODO.

¡Cómo! ¡no ha hablado á ustedes de su amigo el Cómodo!

D.^{ca} DAMIANA.

No por cierto; jamás se ha pronunciado semejante nombre en esta casa.

D. CÓMODO.

Así me gustan á mí los amigos: que no charlen ni ponderen, pero que piensen en uno, y le sirvan cuando llegue el caso; y yo le aseguro á vd. que

Vicente, no ha dejado de pensar en mí, desde que nos separamos.

D.^a DAMIANA.

Eso es lo que yo no podré decir á usted, porque jamás supe cuándo pensaba mi amo, ni lo que pensaba.

D. CÓMODO.

¡Pues yo sí lo sé! ¡Oh querido Vicente! ¡cuál no va á ser tu sorpresa cuando me estreches en tus brazos!

D. TEODORO.

¡Sorpresa! pues no me aseguró vd. que le esperaba con tanta impaciencia, que...

D. CÓMODO.

Ya se ve que me esperaba; treinta años hace que se lo prometí en el colegio y otros tantos han pasado sin que pudiera cumplirle tan sagrada promesa; gracias á la vida errante y peregrina que he llevado; pero conociendo como conoce mi carácter, no puedo menos de aguardarme por instantes, y estoy seguro que hasta el cuarto me tiene destinado.

D.^a DAMIANA.

No señor, no hay ningún cuarto destinado para vd.; ninguno absolutamente.

D. CÓMODO.

¡Es eso de veras?

D.^a DAMIANA.

Y tan de veras.

D. CÓMODO.

Pues entonces me quiere tener en su alcoba! porque si no...

D.^a DAMIANA.

Puede que esta haya sido su intención, pero la alcoba es tan chica que no sé como han de caber dos catres.

D. CÓMODO.

Valiente dificultad; hay más que dormir los dos en el suyo; así como así sucedía en el colegio casi todas las noches que nos acostábamos separados y amanecíamos como dos pichoncitos, como marido y mujer: era yo entonces muy medroso, y en sintiendo á deshoras el más pequeño ruido, ya porque la gata del regente anduviese á picos pardos con el gato del mayordomo, ya porque la chica del portero abriese alguna ventana baja para charlar con su adorado tormento; lo cierto es que al instante me levantaba de puntillas, me refugiaba en la cama de Vicente, le dejaba sin ropa, y no pocas veces le despertaba á fuerza de los Padrenuestros que me arrancaba el miedo; pero todo lo llevaba con paciencia, porque al fin y al cabo era yo su amigo íntimo.

FRANCISCO.

Toma, en habiendo entre dos personas un cierto aquél, lo mismo se le da al uno que le despierte el otro como que le deje dormir.

D. CÓMODO.

Lo mismo, exactamente.

FRANCISCO.

Y como sus mercedes se querían tanto....

D. CÓMODO.

¿Qué si nos queríamos? ¡Bagatela es lo que nos queríamos! pero dejando á un lado esta conversación, tratemos ahora de lo que más importa. ¿Quién de ustedes es la persona que está encargada del gobierno de la casa en ausencia y enfermedades de D. Vicente?

MARTINA.

La señora doña Damiana Fons y Miralles.

D. CÓMODO.

Pero ¿quién es la señora doña Damiana Fons y Miralles?

D.^{ca} DAMIANA.

Una servidora vuestra.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, buena mujer....

D.^{ca} DAMIANA.

¡Buena mujer! Me gusta la llaneza que gasta este caballero.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, mala mujer, y no riñamos por tan corta cosa, haga usted que un criado suba mis maletas y las deposite en esta sala, hasta que luego se saque la ropa, y se coloque en alguna buena cómoda.

D.^{ca} DAMIANA.

Per o sin que el amo....

D. CÓMODO.

Aquí no hay ahora más amo que yo....

D.^{ca} DAMIANA.

Con todo, yo no me atrevo.

D. CÓMODO.

¡Ola! ¡no se atreve usted! pues bien, nada me importa; para eso me ha dado Dios una boca bien grande y una lengua bien expedita.

MARTINA.

Francisco, esta es la ocasión de que te adquieras un buen protector.

FRANCISCO.

Ya te entiendo; voy al punto á subir las maletas.

ESCENA VI.

Dichos, menos FRANCISCO.

D. CÓMODO.

Daré mis órdenes directamente á los criados y veremos quién es el guapo que se atreve á no obedecerlas.

D.^{ca} DAMIANA.

Nadie trata de desobedecer á usted, pero hágase usted cargo de mi posición y... vaya si usted fuera ama de gobierno en una casa de forma como yo lo soy en esta, recibiría usted á un desconocido sin más ni más, y sólo porque él....?

D. CÓMODO.

¿Cómo, insolentel ¿desconocido yo? ¿y usted tiene la osadía de llamar desconocido á un amigo íntimo de su amo de usted?

D.^a DAMIANA

No señor, no, yo no he dicho semejante cosa.

D. CÓMODO.

Basta, quítese usted de mi presencia, y dése por despedida.

D.^a DAMIANA.

¡Ay virgen mía! ¿por despedida?

D. CÓMODO.

Como usted lo oye: cuando venga don Vicente le hará sus cuentas, recibirá sus salarios, y se marchará en seguida con la música á otra parte.

D.^a DAMIANA.

No sé lo que por mí pasa. Si será (*Ap.*) tan amigo de don Vicente como dice y.... vaya señor sosiéguese usted y repare....

D. CÓMODO.

No reparo en nada.

D.^a DAMIANA.

Reflexione usted que soy una pobre vieja....

D. TEODORO.

Y sobre todo amigo mío; por mucho que haga una mujer....

D. CÓMODO.

Ya se vé, no hará un arco de iglesia, pero en

cuanto á ofender, insultar y desesperar puede hacerlo lindamente, y aun más de lo que á usted se le figura; además, cuando se trata de subordinación doméstica, es preciso....

ESCENA VII.

FRANCISCO y *dichos*.

FRANCISCO.

¿Donde dijo su merced que se pusieran estas maletas?

D. CÓMODO.

Bien están en cualquier rincón.

FRANCISCO.

¿Están así bien?

D. CÓMODO.

Perfectamente. Vean ustedes, esto es lo que se llama servir; se indica lo que se quiere, se hace, y punto concluido.

MARTINA.

¡Oh! lo que Francisco toma por su cuenta....

D. CÓMODO.

¡Ola! se llama este mozo Francisco?

MARTINA.

Sí señor y es un muchacho tan servicial, tan diligente, que.... lástima es á la verdad que el amo lo haya despedido.

D. CÓMODO.

¡Lo ha despedido!

FRANCISCO

Tuve antes de ayer la desgracia de quebrar una jícara de China y el señor Don Vicente se enfadó tanto . . .

D. CÓMODO.

Vamos, no hay que apurarse; yo te recibo de nuevo en su nombre.

FRANCISCO.

¡Qué oigo!

D. CÓMODO.

Por cierto que fué un gran motivo para . . . no parece sino que algunos quieren que el barro sea eterno, según lo que lo cuidan.

DOÑA DAMIANA.

Ya, pero á nadie le gusta . . .

D. CÓMODO.

Calle usted señora; las almas grandes se experimentan en las adversidades, y esté usted segura que aun cuando este mozo hubiese hecho gigote toda la vajilla de don Vicente, no por eso me incomodaría yo.

D^{ca} DAMIANA.

Lo creo, señor don Cómodo, lo creo.

D. CÓMODO.

Por lo tanto, puede Francisco si quiere, ir por su ropa.

FRANCISCO.

¡Cuántas gracias . . . !

D. CÓMODO.

Y desde hoy será mi favorito: así recompensó á los que me sirven bien.

MARTINA.

No te decía . . . *Ap.* á Francisco.

FRANCISCO.

¡Ay Martina de mi vida! de esta hecha sí que me caso contigo.

ESCENA VIII.

Dichos menos FRANCISCO.

D. CÓMODO.

¿No se come hoy en esta casa?

MARTINA.

Hecha está la comida, y en cuanto lleguen los señores, se pondrá la mesa y comerán ustedes.

D. CÓMODO.

¡Qué disparate! Dios sabe cuándo llegarán; en un viaje, las horas son siempre inciertas; y . . . en qué carruaje han ido?

MARTINA.

En una tartana.

D. CÓMODO.

Lindo mueble para correr la posta. Mira Mar-

tina, dános lo que haya dispuesto y no nos metamos en dibujos, que luego arreglarás tú cualquier friolera para que coman tus amos en cuanto lleguen.

D. TEODORO.

¿Pero hombre, está usted en su juicio? ¿hemos de comer sin los dueños de la comida?

D. CÓMODO.

¿Y para qué los necesitamos?

D. TEODORO.

Sin embargo...

D. CÓMODO.

¡Bueno fuera que nos estuviésemos en ayunas hasta que á los señores míos les diese la gana de llegar! No en mis días: á mí no me gustan etiquetas ni ceremonias....

D. TEODORO.

Ya lo veo.

D. CÓMODO.

Y cuando me encuentre en casa de un amigo y tengo gana de comer, como y no me ando en chiquitas: ¿no haría usted otro tanto si se encontrase en la mía?

D. TEODORO.

Yo.... no señor.

D. CÓMODO.

Pues haría usted muy mal. Con que Martinita ¿lo has entendido?

MARTINA.

Dentro de cinco minutos estará la sopa en la mesa.

D. CÓMODO.

Oyes y que no sea de arroz; porque hace solo quince días que estoy en el Reino de Valencia, y....

MARTINA.

¡Jesús! ¿No le gusta á usted nuestro arroz?

D. CÓMODO.

Me gusta; pero no por arrobas. Si á un goloso, le diesen huevos moles en lugar de chocolate, huevos moles al medio día, huevos moles por refrescos, huevos moles á la cena, y en fin, hija, huevos moles á todas horas por espacio de quince días consecutivos, ¿te parece á ti que no llegaría el caso de que diese al diablo los huevos, y las gallinas que los pusieron y las manos que los batieron?

MARTINA.

Quien lo duda; lo mucho y lo bueno están siempre reñidos.

D. CÓMODO.

Pues aplica el cuento y despáchate, porque quien come pronto come dos veces.

MARTINA.

Y aun tres, si tiene apetito y come por tres.

ESCENA IX.

Dichos menos MARTINA.

D. CÓMODO.

En cuanto á usted, señora doña Damiana, aun cuando su desconfianza merecía ciertamente mi indignación, con todo, no tema usted, soy incapaz de conservar rencor alguno, y así lejos de quejarme á don Vicente de la acogida que he tenido en su casa, haré lo que hacen los poetas cuando nos refieren sus amorfos, diré lo que quisiera que hubiera sucedido, y no lo sucedido.

D.^a DAMIANA.

Muchos son los poetas, señor don Cómodo; pero de todos modos agradezco infinito á usted su....

D. CÓMODO.

Aun haré más: su edad de usted, el tiempo que sirve en esta casa, el cariño que profesa á su dueño, y lo útil que le ha sido, reclaman una recompensa proporcionada á tales méritos, y por lo tanto corre de mi cuenta una buena gratificación.

D.^a DAMIANA.

¡Una gratificación!

D. CÓMODO.

Sí señora; una buena gratificación que le dará á usted don Vicente, porque yo se la pediré para usted, y él no me la negará.

D.^a DAMIANA.

¡Cómo se la ha de negar á usted siendo tan amigo suyo y queriéndole tanto y.... vaya no faltaba otra cosa! ¡Una buena gratificación! pues ya hace tiempo que.... desde que murió mi ama que con Dios esté, no se sabe en esta casa á lo que huele una propina. Don Vicente es un señor muy bueno, muy cristiano, y muy temeroso de la otra vida, pero nada aficionado á dar.

D. CÓMODO.

Y á recibir?

D.^a DAMIANA.

Eso no le repugna tanto; ayer (verbigracia) nos enviaron las monjitas de Liria un serón con granadas, naranjas, tortas de manteca, acericos, escapularios y.... en fin cosas todas como quien dice de su cosecha... pues no se las desairó, no señor.

D. CÓMODO.

Muy bien hecho.

D.^a DAMIANA.

Y no se alegrará poco el amo cuando lo sepa! verdad es que más hacen las pobres madres en regalarle que su merced en dejarse regalar.... pero perdone usted si le dejo, porque quiero dar una vuelta por la cocina, no sea que Martina haga una de las suyas.

D. CÓMODO.

Vaya usted en hora buena, y no olvide que una mesa sin vino....

D.ª DAMIANA.

Bien, bien: abriremos la barrica privilegiada; una de Alicante añejo, que sólo se visita en los días que repican recio, ó cuando D. Vicente se resiente de su dolor de estómago.

D. CÓMODO.

¡Calla! pues á mí suele dolerme algunas veces, y así no vendrá mal el medicamento.

D.ª DAMIANA.

Nunca viene mal, porque es probado. . . . Sigue-me Sebastián, y me ayudarás allá dentro.

ESCENA X.

Dichos menos DOÑA DAMIANA y SEBASTIÁN.

D. TEODORO.

Vaya que parece usted un primer Ministro, según la protección que dispensa, las gracias que concede, y las recompensas que promete.

D. CÓMODO.

¿Pues que se le figura á usted que yo no representaría bien el papel de primer Ministro?

D. TEODORO.

Ni digo eso, sino que. . . .

D. CÓMODO.

Cabalmente, no hay cosa más fácil, y le juro á usted que puesto en la alternativa, mejor quisiera ser Ministro que no pretendiente

D. TEODORO.

Y yo también.

RODRIGO.

Al fin me decido y le suplico (*aparte*) se interese en mi solicitud.

D. CÓMODO.

Si estuviera en semejante caso, ya sabría lo que me había de hacer: en la audiencia pública, v. g. me revestiría de cierto aire grave aunque apacible, oiría con distracción, pero sin interrumpir á nadie, y después para ganar tiempo respondería alguna de las generales, como. . . .

RODRIGO.

Si su merced me quisiera hacer el favor de. . . .

D. CÓMODO.

Bien, hágame usted un memorialito: cuatro renglones y nada más.

RODRIGO.

Señor, si no sé escribir. . . .

D. CÓMODO.

Pues entonces, no lo haga usted.

D. TEODORO.

Gracioso qui pro quo.

D. CÓMODO.

¿De qué se ríe usted? me encuentra usted demasiado accesible.

D. TEODORO.

¿De qué quiere usted que me ría? de que con su ensayo ministerial ha reducido usted al más profundo silencio á este pobre valenciano que estaba bien lejos ciertamente de imaginarse que se dirigía á un personaje de tan alta categoría.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, también me lo iba yo creyendo... ya se ve... se sube tan fácilmente... pero en fin, sepamos qué me quiere este buen hombre.

RODRIGO.

Quería que su merced se empeñase con el señor don Vicente para que me venda una huertecilla suya que linda con la mía y....

D. CÓMODO.

¿Es vd. hortelano?

RODRIGO.

Sí, señor, y pobre, y padre de una familia numerosa, y....

D. CÓMODO.

¿Cuántos hijos tiene vd?

RODRIGO.

Tengo nueve, y si Dios quiere, y mi mujer pare con felicidad y mi chico no se muere, tendré diez para estas pascuas.

D. CÓMODO.

Bravo aguinaldo.

RODRIGO.

Me convendría tanto esta adquisición que á la verdad....

D. CÓMODO.

Pero hombre, si yo no sé cuáles son las intenciones de don Vicente, cómo diablos quiere vd...

RODRIGO.

Don Vicente desea venderla tanto como yo comprarla, pero exige un precio demasiado subido.

D. CÓMODO.

Eso es muy distinto, y siempre que exista en mi amigo una voluntad decidida de vender, puede hallarse en usted la de comprar, y también en mí la de meter el montante y partir la diferencia. ¿Cuánto pide por su huerta?

RODRIGO.

Dieciseis mil reales.

D. CÓMODO.

¿Y usted que ofrece?

RODRIGO.

Doce mil.

D. CÓMODO.

¿Conque sólo por cuatro mil es toda la disputa?

RODRIGO.

Sí, señor; pero yo no puedo dar más de lo que doy, porque....

D. CÓMODO.

Tiene usted razón; hortelano, pobre, nueve hijos, y en víspera de tener diez....

RODRIGO.

U once, porque mi Francisca suele echar dos en cada parto.

D. CÓMODO.

¡Dos en cada parto! vamos, dígole á usted que la huerta está bien pagada en los doce mil reales.

RODRIGO.

¿Conque hablará usted á D. Vicente?

D. CÓMODO.

No hay ninguna necesidad de hablarle. Vaya usted y busque un escribano que le venda una escritura de compra por lo que sea, y tráigamela en seguida para que la firme mi amigo.

RODRIGO.

¿En la cantidad consabida?

D. CÓMODO.

Sí, señor, y aun me parece cara.

RODRIGO.

Pues lo que es por mí, podemos rebajar lo que usted quiera.

D. CÓMODO.

La palabra es palabra, haga usted lo que le digo y no tarde.

RODRIGO.

Voy, voy, y señor San Vicente le pague á su merced la caridad que me hace.

ESCENA XI.

D. COMODO y D. TEODORO.

D. TEODORO.

Mucha confianza es la de usted en la amistad del dueño de esta casa, pues no sólo dispone de todo lo que hay en ella, sino que también se mezcla en unos asuntos que me parecen demasiado serios.

D. CÓMODO.

¡Dale bola! ¿Cómo le he de decir á usted que es mi mayor amigo; otro yo mismo?

D. TEODORO.

Sí lo será, pero hace treinta años que ustedes no se han visto y quién sabe si después de tan larga ausencia, conserva por usted el cariño que le manifestó en el colegio donde ambos se educaron.

D. CÓMODO.

Los amigos de la infancia . . .

D. TEODORO.

No son generalmente los de la edad madura, y el colegio y la sociedad son dos mundos menos parecidos que el austral y el europeo. ¡Ay señor don Cómodo! ¡Cómo se conoce que ha vivido usted treinta años en la otra banda!

D. CÓMODO.

¿Y qué tenemos? ¿He dejado de vivir por eso